



Arxiu històric FUNDACIÓ JAUME BOFILL

Contra racisme i xenofòbia: integració

Inongo Vi Makomé

FEBRER 1993

FUNDACIÓ
Fundació
JAUME
Jaume
BOFILL
Bofill

802

CONTRA RACISME I XENOFÒBIA... INTEGRACIÓ
Inongo-vi Makomé

Alt i educat; amb veu afable, cultura àmplia i capacitat de diàleg molt destacada. Així és Inongo-vi-Makomé, un camerunès que viu a Barcelona des de l'any 1983. Ha participat en molts colloquis i debats sobre la immigració; és conegut per les seves aparicions en diversos programes de la televisió, tant de l'estatal com de l'autonòmica. Nascut el 2 d'octubre de 1948 a Lobé, Kribi, un llogarret situat a la costa atlàntica al sud del Camerún, va fer els estudis primaris al seu país i després els secundaris a l'institut de batxillerat de Santa Isabel, a Fernando Poó, la capital de l'antiga colònia espanyola. Per això domina perfectament el castellà, a més del seu dialecte nadiu i de llengües de cultura com el francès. Va iniciar la carrera de Medicina a València; però la va deixar al quart curs per dedicar-se a l'exercici de la literatura, sobretot per escriure contes per als nens i per participar en muntatges teatrals que quasi ningú, malauradament, té intenció de subvencionar des de les instàncies oficials. Ha publicat un llibre que hauria de ser de lectura obligatòria a totes les escoles: *España y los negros africanos*, Barcelona, La Llar del Llibre, («Col·lecció Punt de Vista», 17), 1990 —per cert, caldria traduir-lo al català!—, en què alguns passatges són tan frapants que les situacions descrites semblen impossibles a la Catalunya de finals segle XX: «Una vez fui a la policía a informarme de los pasos a dar para obtener un permiso de comercializar yo mismo los libros de cuentos que escribía y editaba. La funcionaria me dijo que efectivamente necesitaba un permiso del Ministerio de Trabajo, pero que yo no había venido a España para escribir nada» (pàg. 115). Encara que enllaçant els nombrosos fragments que fan referència a les vivències de l'autor a Catalunya ja hauria estat factible de «muntar» un capítol magnífic per a l'obra present, l'amic Inongo-vi-Makomé ha tingut l'amabilitat d'escriure un text especial per al nostre llibre. Escoltem, per tant, el que pensa en veu alta un immigrant africà de color instal·lat ja fa quasi deu anys a Barcelona:

CATALUNYA ES probablemente la Comunidad Autónoma de España que cuenta con más inmigrantes negro-africanos, debido en primer lugar a su potencial industrial y agrícola a la vez; y en segundo lugar, a su vecindad con Francia. Esta última circunstancia había contribuido a que el norte de esta provincia sirviera a los inmigrantes, muchos de ellos ilegales, como puente para dirigirse a Francia y luego al centro de Europa. Catalunya actuaba en este caso como un río que hacía desembocar sus aguas al mar (Francia). Cuando Francia decide cerrar herméticamente sus fronteras, estas «aguas» quedan estancadas en el territorio catalán. La situación se agrava por coincidir al mismo tiempo con el hundimiento de las economías de casi todos los países africanos y la miseria que ello provoca. Muchos jóvenes africanos huyen de esta situación y vienen hacia Europa. Si volvemos a comparar Catalunya a un río estancado, veremos que el efecto que se produce es como el de unas lluvias torrenciales y continuas que caen sobre una masa de agua sin salida. El resultado es obligatoriamente un desbordamiento. Y, si bien los negros no representamos un número tan exagerado, a los catalanes, sin embargo, les damos esta sensación de desbordamiento o invasión, sobre todo porque no se estaba habituado a tener una población negra como la actual. Esta masiva presencia nuestra de «invitados» no invitados, y, ¿por qué no decirlo?, no deseados, causa problemas. Este estado de cosas ha creado una conflictividad que a su vez ha obligado a emplear tres palabras que se pronuncian con asiduidad, tanto para definir la situación como para intentar corregirla. Y es sobre estas palabras, que son: *Racismo*, *Xenofobia* e *Integración*, que basaré mi análisis del problema, desde mi posición de inmigrante negro-africano en Catalunya.

Racismo

No voy a definirlo aquí. La falta de espacio me obliga a recomendar la consulta de mi libro *España y los negros africanos*, donde hago una extensa definición del racismo. En estas líneas me limitaré únicamente a señalar la confusión que se da en este término, o quizá sería mejor hablar de manipulación, en vez de confusión. Unos y

otros, negros y blancos, manipulamos su sentido real en beneficio de nuestros intereses. Los negros lo hacemos para refugiarnos en él a fin de camuflar nuestra parte de culpa y nuestro conformismo en casi todo, y conseguir despertar un posible complejo de culpa en los blancos; obtener su piedad y mendigar a partir de aquí muchas cosas: el amor, el honor, la comprensión, el derecho a vivir, etc.

Muchos blancos recurren, por su parte y con suma facilidad, a la palabra racismo para gozar una vez más de su complejo de superioridad, excusar su egoísmo y manifestar su conformismo con la situación creada.

Yo no creo, sin embargo, que el rechazo a los negros que viven hoy en Catalunya y en otras partes de Europa se deba al racismo, tal y como se entiende, sino a lo que el señor Joaquín Ruiz Jiménez, antiguo *defensor* del Pueblo, denominó una vez, en una conferencia en Barcelona, como «un conjunto de factores» en que entrarían los de tipo económico, como el desempleo interior; los de tipo étnico, cultural, etc. Sólo que, y como queda dicho, a mucha gente, tanto africana como catalana, les resulta más fácil hablar de racismo para evitar buscar los verdaderos motivos. No hace mucho leía la carta de un lector senegalés en un semanario africano donde nos tachaba, a los inmigrantes africanos en Europa, de hipócritas, al imputar el racismo únicamente a los blancos y olvidar, o no querer aplicar el mismo calificativo al trato que reciben muchos africanos refugiados en otros países africanos. El rechazo y el desprecio del que somos víctimas los africanos en tierras catalanas no se diferencian en nada de los que padecen actualmente muchos negros africanos en algunas naciones de otros negros adonde se han visto obligados a acudir para sobrevivir. Tampoco es distinto de lo que reciben algunos asiáticos en otras partes de Asia, como igualmente no lo es el desprecio que españoles y portugueses recibieron en fechas todavía no muy lejanas en tierras de sus hermanos centroeuropeos, aunque la época de vacas gordas actual esté borrando rápidamente aquellas humillaciones de las memorias de muchos. Esto, desde luego, no tiene nada que ver con el color de la piel. Es sencillamente el desprecio que reciben aquéllos que por su situación de pobreza se desplazan a tierras de los que en ese momento gozan de un cierto bienestar. Estos fenómenos migra-

torios se han producido a lo largo de toda la historia de la Humanidad. Es importante, por lo tanto, contemplarlos desde este punto de vista, es decir, desde sus raíces, si se los quiere combatir, y nunca a partir de falsos conceptos. Insisto sobre este punto porque, debido a nuestra situación actual, es necesario que los africanos comprendamos que no obtendremos el respeto de los blancos ni de nadie mendigándolo, sino erradicando nuestro mal desde su propio origen.

Xenofobia

Respecto a la xenofobia, que es odio o aversión al o a lo extranjero, creo que, excepto en algunos casos patológicos (¡no sé si se dan muchos!), su desencadenamiento generalizado en ciertas circunstancias no se diferencia demasiado del fenómeno que acabamos de explicar. El exceso de caras extrañas en tierra de uno suele acabar produciendo odios o manías a los venidos de fuera. Estas manías se dan independientemente de que los forasteros sean, como en nuestro caso los negros africanos, los visitantes pobres o que sean ricos. Si bien en el primer caso las manías del nativo suelen ser muy peligrosas en cuanto que se tiende a acusar al extranjero de ser la causa de todos los «males despreciables» que acacen desde ese momento en su medio, tal y como lo vivimos actualmente en Catalunya y en España. A los extranjeros ricos se les acusa de otro tipo de males (ciertas perversiones). Males, digamos, mayores, típicos de ricos... La suerte de estos últimos es que al ser lo que son, tienen muchas veces el poder incluso sobre el nativo. La xenofobia de los indígenas entonces les suele importar un comino. Ellos vienen en plan de dominio y de imposición, y son ellos por contra los que desprecian a los dueños del lugar. Los nativos xenófobos, siempre belicosos con los inmigrantes pobres, suelen tragar estos instintos ante los ricos y se limitan a rumiar su impotencia y su angustia con ellos mismos o con los compañeros... Esto nos pasa en África con los blancos de cualquier nacionalidad, y pasa o ha pasado en cierta manera en España con los franceses, los americanos, etc.

Integración

La integración puede considerarse en este caso como el remedio que hay que dar para anular los efectos creados por los dos fenómenos anteriores. Sólo que no acaba de saberse qué es en realidad, ni cómo ha de hacerse. Es la expresión de moda. Y, como se sabe, los catalanes, igual que sus parientes europeos, o los blancos en general, se mueven por la moda. Su vida es la moda, sea cual sea ésta y en la época que sea. Como inmigrante en este país debería estar agradecido por ello; pero, como negro e inmigrante también a la vez, no lo estoy, ya que esta moda actual me asusta y me da miedo. En mi etnia batanga decimos que el hambre no tiene ojos, pero también reconocemos (cuando ya no se tiene hambre) que en la ceguera de la misma hay que cuidarse mucho de no tragar cabezas crudas de serpientes recién cazadas, no vaya a ser que alguno de sus dientes se clave en el estómago y su veneno cause más mal que bien. Hoy qué duda cabe de que los inmigrantes africanos en Catalunya tenemos hambre, ¡pero que mucha hambre!, lo que nos obliga a aceptar cualquier cosa que nos dan con tal de aplacarla. No tomamos precaución alguna para no tragarlo todo, aun cuando sabemos que con toda seguridad nos indigestaremos tarde o temprano. Los catalanes que nos asisten en nuestra desgracia de serían velar para que esto no nos ocurra. Temo, sobre todo, que la indigestión de la tan predicada integración no ataque con más crudeza a nuestros hijos y a los hijos y nietos de nuestros hijos.

Hablar de integrar parece algo fácil; pero creo sinceramente que no lo es. Occidente, con buena fe unas veces, y con mala fe otras, nos ha ido creando hábitos, adicciones... Nuevas formas de vivir que han terminado por hacernos esclavos de muchas cosas que, encima, no tenemos. Ello ha desorganizado por completo nuestras estructuras sociales dejándonos a veces sin saber quiénes somos. En el pasado y en su día debió ser igualmente una moda, puede que diferente, ¡qué duda cabe!, pero moda al fin y al cabo. No se tomaron las debidas precauciones a tiempo y las consecuencias las pagamos hoy muchos de nosotros, deambulando por las tierras catalanas, recibiendo el desprecio de unos, las maldiciones de otros y, ¿cómo no?, la misericordia de otros también, sin olvidar esos otros grupos que piden nuestras cabezas...

Y, como si la historia no enseñara nunca nada, ahora queremos empezar a caminar otra vez por el mismo sendero y obtener los mismos resultados en el futuro.

Los catalanes, lo mismo que los demás blancos, luchan constantemente con sus propios fantasmas y contradicciones, resultado muchas veces de ir destruyendo a su paso todo lo que encuentran, sin importarles nada. Porque lo que interesa siempre es conseguir lo que está de moda en el momento y en el lugar. Esto ha llevado a esta sociedad occidental a un materialismo inhumano, insolidario y completamente huérfano de sentimientos humanos. Esta crisis de valores hace que la sociedad catalana, igual que el resto de la europea, en su lucha con sus fantasmas vea a los negros que habitan sus territorios como los responsables de todos sus males. De allí surge asimismo la contradicción de algunos. Todo esto nos lleva a dos situaciones contrapuestas. Una, la de la extrema derecha que clama por nuestras cabezas; la otra, la de la izquierda y de la derecha moderada, que piden nuestra integración. Estos últimos, con su actitud, pueden hacernos ver que los primeros son malos porque desean nuestra expulsión e incluso nuestra destrucción; pero no es así, o por lo menos no es del todo cierto.

La extrema derecha nos rechaza, y lo hace frontalmente, con sinceridad. Y si bien me duele esta actitud, debo reconocer no obstante que la prefiero a la otra que nos brindan algunos catalanes llamados progresistas. La extrema derecha rechaza a los negros, nos odia, pero nos lo hace ver con palabras, actos, gestos, etc. Este tipo de rechazo pone al hombre en guardia, le crea mecanismos de defensa; la otra, no. Esta última actitud no es sino un paternalismo que hace que nos acerquemos a unos individuos que aparentemente parecen aceptarnos, cuando lo que realmente sienten por nosotros es una repulsa, un desprecio. Aquí el individuo es burlado vilmente y sin saberlo él mismo. Una situación terriblemente peligrosa para nosotros, los negros, muy dados a que se nos tenga lástima y a que nos lo hagan saber. Es así como en Catalunya dormimos en brazos de muchos que no sienten sino desprecio hacia nosotros, pero que nos dicen lo contrario. Y esto, claro está, me hace desconfiar de la tan predicada integración.

El gobierno central acaba de anunciar que, después de la legalización de los inmigrantes, va a pasar a ocuparse de su integración. Mas dejemos a un lado el resto de España y concentrémonos en Catalunya. Preguntémosnos entonces, ¿en qué va a consistir esta integración aplicada a los negros africanos? ¿Quizá en orientar a los mayores, hombres y mujeres, a las faenas del campo, a los trabajos domésticos y a la prostitución, como viene sucediendo hasta ahora? ¿Y nuestros hijos? Me refiero a esa mal llamada segunda generación de inmigrantes, que de inmigrantes no tienen nada porque han nacido en Catalunya, pero que nunca podrán ser catalanes de pleno derecho porque les marca el color negro de su piel. ¿Qué se piensa de ellos? ¿En qué va a consistir su integración? ¿En prepararlos a partir de ahora para sustituir a sus progenitores en los puestos en que hoy están destinados? Nada me hace ver hasta ahora que la intención del pueblo catalán no sea ésta. No he visto ni oído hablar de un proyecto de envergadura, ni al nivel del gobierno catalán ni al de las instituciones privadas, encaminado a evitar la debacle de estos futuros jóvenes.

Se ha de saber, sin embargo, que ellos no serán tan dóciles como lo son hoy sus padres. Protestarán y se rebelarán; el vacío interior que arrastrarán por no saber exactamente quiénes son ni de dónde son, les conducirá a situaciones extremas, no deseables para nadie. Pero, a pesar de los innumerables ejemplos del pasado que se reflejan con toda claridad en el presente, los hombres seguimos empeñados en no querer aprender de los fracasos... La letra de la canción de moda es la integración. ¿Cómo ha de hacerse? Aquí ya nadie dice nada. La provincia de Lérida y la comarca del Maresme se han convertido en los últimos años en unos verdaderos laboratorios de experimentación donde los negritos que habitan estas zonas son los conejitos de Indias. Los estudiosos vienen de todas partes de España, y la lectura de los trabajos que hasta ahora conozco, me hace ver que tienen las mismas conclusiones, aunque expresadas de formas distintas. Se insiste sobre todo en que Catalunya será un país multicultural, multirracial... y multi-muchas cosas más. Pero es mi provincia de Kribi, en Camerún, también es multicultural, multirracial y multi-muchas cosas igualmente. Allí están los negros, los blancos, los indios y los mulatos que nos regalaron los alemanes, los franceses, los portugueses, los españoles

y los catalanes que se dejaron caer por allí... Y creo que esto es algo completamente normal en el mundo de hoy. Por lo tanto no encuentro nada nuevo...

Al final de cada intervención se suele escuchar la frase mágica, pronunciada por casi todos: «¡Hay que integrarlos!» Los miembros del gobierno local no se quedan atrás. Sólo que todo se queda en buenas palabras. ¿Buenas intenciones también? No hay claridad en lo que se piensa. Entre tanto nuestros hijos se hacen mayores y, como su fracaso escolar está a la orden del día, van incorporándose poco a poco a los trabajos reservados a los de su raza. Centenares e incluso miles de muchachas negras con algún que otro estudio medio entran a servir en hogares de damas catalanas, los únicos lugares donde son admitidas, sin ninguna esperanza de ver mejorar su condición jamás. Un preludio de lo que ha de pasar igualmente con sus descendientes.

Algunos de nosotros que intentamos aportar ciertos proyectos que pudieran ayudar a atenuar esta situación en el futuro, no somos tomados en serio. Nuestras aportaciones no suelen merecer muchas veces la atención debida porque no llevan la firma de un blanco, en este caso, de un catalán. Aunque he de reconocer también que he conocido buenos proyectos que llevan a cabo grupos de catalanes, como la Fundación Sergi, de Girona, que no se tienen en cuenta a pesar de prometer mejores resultados. El interés de la Administración catalana, lo mismo que la de grandes Fundaciones es el de subvencionar únicamente macroyectos que consisten muchas veces en montar espectaculares conferencias y simposios sobre el tema. Después de cada uno se ofrecen vinos de honor por todo lo alto. Pero se olvida que con tan sólo el tercio de lo que se gasta en esos vinos de honor se podría conseguir impulsar ciertos miniproyectos nuestros si dejaran de ser considerados como meras distracciones exóticas. Somos la parte interesada, y somos también los que oímos reír a nuestra gente, los que presenciamos sus quejas, sus tristezas, sus llantos... Intentamos por ello trabajar para y por la base; pero el catalán, lo mismo que su hermano español, no considera al negro más que como un producto folclórico incapaz de aportar nada útil a la sociedad. Un compañero ecuatoguineano me comenta en la Plaza de la Universidad de Barcelona: «¡Es desesperante! Esta gente es incapaz de ayudarte en ningún

proyecto». Luego pasa a relatarme cómo unos compañeros suyos catalanes le han excluido de un asunto que iba a ser puesto en marcha por una institución de Barcelona. Otro compañero, igualmente ecuatoguineano, me dice: «Yo, ahora, cuando tengo algo, voy a Madrid a pedir ayuda». Pero yo, en este caso, sé que Madrid no es mejor que Barcelona, sino todo lo contrario.

Vemos entonces que los catalanes apuestan por la integración (entendiendo por integración lo que debería ser); pero desprecian al sector de la población negra que podría trabajar y ayudar a esta integración. Tengamos en cuenta que el niño africano en Catalunya no tiene casi a nadie a quien tomar como modelo dentro de su grupo; no tiene a quien admirar. Ello motiva muchas veces su desencanto en los estudios. Hace poco, mi amigo, el pintor Ghuty Mamse, y yo nos enteramos de que un muchacho de procedencia africana estudiaba pintura en una escuela de arte de Barcelona. Inmediatamente decidimos ayudarle y arroparle en lo que pudiéramos, porque no se dan muchos casos como éste, sencillamente porque los que nos siguen detrás no ven a los que vamos delante sobresalir en nada.

Una tarde, al anochecer, una pareja de blancos para delante de la pequeña galería que tiene mi amigo Ghuty y el hombre le dice en voz baja a la mujer: «Éste es un buen pintor, pero aquí no llegará a nada porque es negro...». Un editor catalán me dice, en Barcelona, después de leer unos cuantos títulos de mi colección de cuentos *Historias de una selva africana para Muna*: «Son buenos, pero no puedo publicarlos porque quizá no se entenderían aquí, ya que son cuentos africanos». Luego añadiría: «No se ofenda usted, no soy nada racista». Pero yo ya estaba ofendido. No me ofendía que ese señor fuera o no fuera racista; esto me tenía sin cuidado. Me ofendía el hecho de que una parte de la cultura de un gran pueblo como éste dependiese de un inculto como aquél. Los cuentos, africanos, chinos o de cualquier parte del mundo, se venden y se leen en esta tierra, y no he oído comentar que no se entiendan. Yo he publicado aquí en Barcelona dos títulos de esa colección de cuentos mencionada, *Akono* y *Belinga* y *Bemama*, y la gente me ha comentado su contenido; pero nunca nadie me ha insinuado que no los entiende porque sean africanos. ¿Hemos de considerar que este editor duda de la capacidad intelectual

de sus compatriotas catalanes? Creo que no. Lo que pasa es que el señor es catalán y, como la mayoría, piensa que lo que hace o produce un negro no debe ser tomado en cuenta. Y aunque los cuentos u otro proyecto valiesen, no tendrían salida incluso a nivel comercial porque la población lo creará así. Yo no puedo acusar a la población llana catalana de que reaccione de este modo, pero sí sé que actuarán guiados por esos prejuicios tanto los responsables de difundir la cultura en este país como la gente de la Administración y de las grandes Fundaciones.

Esta actitud, que no debe recibir más que los nombres de desprecio y de discriminación, la llevan a la práctica, curiosamente, aquéllos que presumen de no ser racistas, sino nuestros amigos, y que están dispuestos a ayudarnos. Son gente de la izquierda y de la derecha moderada. Pero este comportamiento suyo, que no sé si es paternalismo o qué, como ya he dicho, es nocivo y muy destructor. Destruye al individuo, su personalidad, porque, a falta de distinguir al enemigo y verte rodeado de gente que parecen considerarte y que te arrastran de arriba a abajo, te confías... Una confianza que a la larga te anula completamente como persona.

En Catalunya y en el resto de Europa han ido brotando grupos de neonazis cuya razón de ser no es otra que expulsarnos de su continente o borrarlos de la faz de la tierra. Pero sería un grave error si los negros los viéramos como nuestros únicos enemigos. No son, en absoluto, los únicos responsables de nuestro miedo y terror. Los neonazis catalanes, como los otros, no quieren sino rematar a los moribundos errantes que la gente de la izquierda y de la derecha moderada nos han ido creando. En los últimos quince años no ha habido ningún gobierno fascista en la Europa occidental, y ha sido precisamente en esta época cuando se han ido hundiendo nuestros países en la más absoluta miseria, al mismo tiempo que los europeos multiplicaban sus ganancias.

Cuando hace más de diez años Mitterrand subió al poder en Francia, muchos de nosotros que creíamos en los mensajes de solidaridad de la izquierda europea saltamos de alegría mientras temblaban nuestros dictadores. Pero meses más tarde éramos nosotros los que temblábamos y pasaban a bailar nuestros tiranos. Mitterrand, al que los

franceses habían proclamado presidente de su república, se autoproclamó a sí mismo emperador y gran dictador de África, de la negra por lo menos. Mantuvo y consolidó en el poder a todos los dictadores del continente que le eran afines. Mitterrand resultó ser únicamente un gran defensor de las libertades en el mundo occidental; ignoró y privó de este derecho a sus lacayos de África. Con él resumimos la política de Occidente hacia el Tercer Mundo con el título de un libro de Jean Paul Sartre: *Les jeux son faits* («Las cartas boca arriba» o «La suerte está echada»). Supimos que cualquiera que sea, o sea el partido que sea que suba al poder en Occidente, la política de chantaje y extorsión será siempre la misma respecto a los pobres. A base de chantajes y de manipulaciones se mantienen mecanismos de *feed-back* que consisten, entre otras cosas, en conceder ayudas y créditos que vuelven rápidamente a los Bancos europeos creando intereses y riquezas, mientras que en África tan sólo crean deudas, hambres, moribundos y muertos; ayudados siempre, ¿cómo no?, por nuestros tiranos. Es en este tipo de laberinto en que nos encontramos. Una encerrona donde no nos han metido los fascistas sino la izquierda «humana» y muy «solidaria». ¿Hemos de considerar entonces más asesinos de los negros a los neonazis de Barcelona y de otras partes que a los otros? No hace mucho leía el comentario de un colaborador de una revista africana publicada en Francia que preguntaba: «¿Para cuando una perestroika "a la francesa" para África?...».

¿Y qué piensa la izquierda catalana acerca de esto? ¡Nada! Cuando también el Partido Socialista alcanzó el gobierno en España, los opositores guineanos tuvieron esperanza. Pero lo mismo que nos pasó a nosotros, no tardaron en darse cuenta de la realidad. El Partido Socialista español, gran defensor igualmente de la democracia, limitó ese privilegio aquí. Sus responsables dieron una y otra vez la mano a los enemigos de la libertad de África sin sentir ninguna repugnancia. Con préstamos y ayudas se mantenía al tirano guineano en el poder, mientras de cara a la opinión pública se intentaba hacer ver que se le exigía la apertura política. Antes de llegar al Gobierno, las relaciones de ese partido con algunos miembros de la oposición guineana eran fluidas; pero después todo cambió. Un amigo mío en Barcelona, miembro de esta oposición, pidió ser recibido por todo un «peso pesado» del

PSC que ya ejercía como diplomático en una importante capital europea cuando estuvo de visita en Barcelona. El diplomático se negó a recibirle. «Pero si siempre fue una persona muy asequible...!», murmuró mi amigo con cara de pena y de un niño que quería llorar. «¿Por qué no le dices...?». Su amiga catalana, que trabajaba en la sede del partido y que hizo de intermediaria, le cortó: «No hace falta que te humilles de esa forma por una persona así...!».

¿Con esta realidad debemos pensar que son mejores para con nosotros los de la izquierda catalana y europea que los nazis? Con el apoyo a esa política saben que se producen muertos en Camerún, en Guinea, en Zaire... y algunos de los moribundos son los que consiguen llegar aquí, donde les esperan toda clase de dificultades. Pero la izquierda catalana cierra los ojos y no quiere ver dónde está el problema; se dedica a predicar, igual que otros, sobre la integración. Aquel discurso de antaño de justicia y solidaridad con los explotados del mundo se ha quedado en el olvido. En recuerdo de aquella doctrina se nos presenta únicamente hoy la solución de una falsa integración. Nos la cantan para hacernos dormir, porque en eso se ha convertido la izquierda catalana, en «canta nanas» de los negros inmigrantes, en lo que se refiere a su solidaridad con los pobres del mundo entero. Iniciativa per Catalunya, por su parte, en las últimas elecciones se dedica a enganchar el nombre de un negro en la cola de su lista de candidatos para luego arrastrarlo a todos sus mítines como una especie de mascota... «Les voy a votar», me confesaba una mujer africana de origen que lo venía haciendo por ciu. Otro matrimonio me diría lo mismo. Ellos también, votantes del partido centrista catalán, le iban a ser infieles por primera vez. «Algo es algo», me comenta el marido. ¿Qué es ese algo? ¿Una mofa quizá...? Pero sabemos que IC no lo hace por los votos negros, que todavía no son importantes en esta comunidad; lo hace para dar esa imagen de solidaridad en que creíamos en el pasado, pero que hoy ya no nos convence. Por eso algunos como yo desconfiamos de esta integración que nos dicen. Puede ser una moda más. Una moda con malos augurios para el futuro de nuestros hijos. Hoy, en Francia, votan a Le Pen gente que habían sido de izquierdas de toda la vida.

Pienso que si bien se puede ir hacia la integración, aclarando primero lo que es y cómo ha de hacerse, lo más importante es no

olvidar nunca que la solución está en ayudarnos a levantar África. Siento ser pesado, pero no me cansaré de repetirlo. Yo tengo fe y esperanza en esos otros catalanes, independientemente del color de sus banderas, que creen igual que yo que el mundo debe recobrar su ilusión y que a las personas, por muy mal que lo estén pasando, no se les debe brindar únicamente paternalismo, sino ayuda para que puedan valerse por sí solos en el futuro. Son esos catalanes a quienes yo me dirijo para que nos ayuden a organizar manifestaciones, no solamente a protestar contra el racismo en Catalunya, sino también a protestar ante sus gobiernos para que dejen de explotar nuestros países, de chantajearlos y de mantener en el poder a gobernantes que son verdaderos delincuentes. Es necesario que se levanten las voces contra los gobiernos occidentales por el trato inhumano que nos dan en África. Muchos catalanes deben saber que si conseguimos poner a África a andar conduciéndola hacia el lugar que debe ocupar en el mundo, que nosotros sabemos que será un lugar alto, cualquier integración y en cualquier parte será posible y fácil. Porque se desplazarán únicamente los que quieran hacerlo, sin obligación de ningún tipo. Será una integración de personas libres entre otras personas libres.

Yo no apoyo a la extrema derecha, como se podría deducir de mi análisis; no me necesita para nada e incluso puedo ser víctima suya en cualquier momento por ser negro. Pero no quiero unirme a la hipocresía actual al ignorar que el fenómeno neonazi en estos momentos es más bien un síntoma, si se quiere, o un efecto, pero no la raíz del mal. La base del mal está en lo que han hecho con nosotros y con nuestros países. Trabajemos entonces para combatir el mal desde su origen, por el bien y por la paz del mundo...!!!

INONGO-VI-MAKOMÉ. *Racisme, xenofòbia e integració en Catalunya*. Barcelona: 1992 (original mecanoscrit inèdit).